

CARLOS PEZOA VÉLIZ (1879-1908)

DOS POEMAS Y UNA PROSA
ROMÁNTICA

ROMANZA DE AMOR

MIRA la fresca flor... Huele a delicia
prendida al césped donde el paso estampo.
Hay un silencio dulce que acaricia,
como abrazo de virgen en el campo.

Traza en las guijas donde chilla el oro
versos de luz la mariposa incauta,
y el viento arranca de sus labios de oro
cadencias melancólicas de flauta.

Mira. Las gafas de oro del engaño
caen sobre mi frente, dulcemente,
y un suspiro de amor, largo y extraño,
me abraza el corazón como serpiente.

Ven hacia mí. Abrásame a miradas.
Soy el poeta que cantando penas,
delira con alcobas perfumadas
y con labios de vírgenes morenas.

Ven, abrázate a mí. Juntos iremos
hacia un país de flores y delicias,
y el río del placer remontaremos
como si en una barca, en tus caricias.

¡Oyemel ¡Canta una canción impura!
¡Háblame de placeres prohibidos!
Los pájaros, borrachos de ternura,
hablan de amor en los ocultos nidos...

¡Bésamel Enciende ya la poesía
cuadros de luz en intangibles tules,
como una gigantesca alegoría
de juegos pirotécnicos azules.

Abre tus brazos de azahar. Con bello
paso de garza ideal busca retiros
y teje, entrelazándote a mi cuello,
un collar de miradas y suspiros.

Allá a lo lejos su reloj desata
el campanario que recita horas
y canta tripentálicas de plata
con voces soñadoras.

Y acá, entre la quietud de las gramíneas,
la espléndida intención de tu figura
traza en las flautas de sus curvas líneas
una gran serenata de hermosura.

Sueña con tu embriaguez el vino en jarras,
muéstrase como nunca cristalino;
ven a cantar bajo las verdes parras...
¡Cantemos al amor! ¡Bebamos vino!

¡Y reclina ante el júbilo del aire
en mí tu fe, tu voluntad de roble,
y ese cuerpo que tiene en su donaire
todo el aire marcial de un pasodoble!

Ven a remar. La barca del ensueño
llena de flores y olorosa a viñas,

lanza su proa hacia un país risueño
por ese mar de luz de las campiñas.

Y allá en las guijas donde chilla el loro,
canta versos de luz la sombra cauta
y el puelche arranca de sus labios de oro
cadencias melancólicas de flauta .

Tú, apoyada en tu Adán, y el aire dando
como cantos de luz tus sentimientos,
¡será, un cuadro ante el cual, riendo y llorando,
marchas de triunfo tocarán los vientos!

EL PERRO VAGABUNDO

Flaco, lanudo y sucio. Con febriles
ansias roe y escarba la basura,
a pesar de sus años juveniles,
despide cierto olor a sepultura.

Cruza, siguiendo interminables viajes
los paseos, las plazas y las ferias;
cruza como una sombra los parajes,
recitando un poema de miserias.

Es una larga historia de perezas,
días sin pan y noches sin guarida.
Hay aglomeraciones de tristezas
en sus ojos vidriosos y sin vida.

Y otra visión al pobre no se ofrece
que la que suelen ver sus ojos zarcos:
la estrella compasiva que aparece
en la luz miserable de los charcos.

Cuando a roer mendrugos corrompidos
asoma su miseria por las casas,
escapa con sus lúgubres aullidos
entre una doble fila de amenazas.

Allá va. Lleva encima algo de abyecto.
Lo persigue de insectos un enjambre,
y va su pobre y repugnante aspecto
cantando triste la canción del hambre.

Es la frase de dolor. Es una queja
lanzada a tiempo, pero ya perdida;
es un día de otoño que se aleja
entre la primavera de la vida.

Lleva en su mal la pesadez del plomo.
Nunca la caridad le fue propicia;
no ha sentido jamás sobre su lomo
la suave sensación de una caricia.

Mustio y cansado, sin saber su anhelo,
suele cortar el impensado viaje
y huir despavorido cuando al suelo
caen las hojas secas del ramaje.

Cerca de los lugares donde hay fiesta
suele robar un hueso a otros lebreles,
y gruñir sordamente una protesta
cuando pasa un bull-dog con cascabeles.

En las calles que cruza a paso lento,
buscan sus ojos sin fulgor ni brillo
el rastro de un mendigo macilento
a quien piensa servir de lazarillo.

LA SONATA ESCANDINAVA

Todas las mañanas de buen sol, cuando me iba a los baños de Mendel-
sky, con el paquete de ropa blanca y el libro de un poeta noruego,
veía en la ventana de aquella solariega casita el traje blanco de la rubia
extranjera.

¡La rubia extranjera!

Sus ojos eran inmensamente azules; sus ojos que eran como nebulosos
florecimientos de melancolía.

En el floreado jarrón de porcelana que había tras los vidrios albos, soñaba a todas horas un manojo de lirios.

Junto a esos lirios solía cantar la rubia extranjera la última sonata de un músico escandinavo; una sonata fría como un copo de nieve y melancólica como un paisaje siberiano.

El padre de la rubia era un pobre ciego del norte, un profesor anciano que llevaba entre las cuerdas de su violín viejo todas sus tristezas de inconsolable repatriado. Algunas lecciones en los chalets le permitían comprar una cena para la mesita del comedor y un traje blanco para la rubia extranjera.

Esto era lo de siempre: y aunque triste, esto era siempre así...

Yo solía rondar cerca de la solariega casita, con el libro del poeta noruego abierto en una página triste, en busca de paisajes viejos, lontananzas brumosas, crepúsculos desfallecientes... La rubia del norte salía entonces a la ventana para cantar ante el desmoronamiento sórdido de un día la vieja sonata escandinava del músico moribundo.

Entonces yo escribía en el margen del libro amigo algún verso albo, cuyas palabras eran como deshojamiento de azahares enfermos, cuyas frases eran voluptuosas como el roce de dos muslos adolescentes, y acaso tan tristonas como la vieja sonata escandinava.

Y ella lo sabía, por más que yo no se lo hubiera dicho nunca.

¿Cómo lo supo? Nunca he acertado a explicármelo; pero nunca dejó de tener, en las mañanas de los domingos, aquella revista de carátulas antiguas, donde publicaban mis versos con dibujos tristonos. Ella no sabía mi nombre, pero sí que aquellos sobre cosas desconocidas eran de aquel vagabundo que pasaba en los días de buen sol con el libro del poeta noruego, en busca de paisajes languidecientes.

Y los entendía, como yo advinaba lo que la vieja sonata me decía, al son del violín viejo, cuando el pobre anciano ciego saboreaba sus tristezas de repatriado en el fondo de aquella casita solitaria donde la rubia extranjera cantaba la vieja sonata del norte.

¿Sabéis que era triste esa sonata? Cuando la oía salir del viejo violín desvencijado, pensaba que acaso las cuerdas del escuálido instrumento eran rayos de luna...

¿Cuándo, cómo, dónde compuso esa página el músico de la Escandinavia?

Debió haber sido en otoño. Debió haberla escrito en la mentirosa convalecencia de una tisis, en uno de esos períodos en que la solapada enfer-

medad concede una esperanza conmovedora. Debió haberla escrito lejos de la buena madre, en una patria de malos extraños. No se podía oír aquella sonata sin bajar los párpados en actitud de ensueño.

Entre la rubia extranjera y yo, la vieja sonata vino a ser una dulce compañera de tristezas, una inefable tercera persona. En las noches de luna solíamos juntarnos los tres: la rubia extranjera, la sonata y yo. En las noches de luna solíamos soñar juntos, mientras el violín y el anciano ciego conversaban sus nostalgias en el fondo de aquella casita solariega, cuya ventana tenía siempre un manojito de lirios.

Aquella sonata, perdida para siempre, debe recordarnos aún. Debe recordarnos, ¡oh, rubia triste como la sonata y como ella perdida!

¿Recuerdas aquellas citas? En las noches de luna solíamos juntarnos los tres: la rubia extranjera, la sonata y yo... Y eran tan sagradas estas citas, que las sombras se reunían en poblaciones a proteger nuestros amores y las estrellas solían esconder su envidia entre algunos nublados de color canallesco que pasaban al acaso por la inmensa claridad del cielo.

En las noches de luna suelo recordar la entonación de la vieja sonata y recordar lo ido.

Nada de aquello vive ya. La rubia extranjera es la mujer de un hombre grueso. ¡Nunca más asistiremos a las citas sagradas! No te será dado oír la tristeza de nuestra amiga buena.

Pero yo sí. Yo te recuerdo en las noches de luna, yo te recuerdo lejos de la buena madre, en una patria de malos extraños.

Y cuando en las tardes, sobre mi mesa con flores y versos, veo aquella revista antigua donde yo escribía versos para la rubia extranjera, recuerdo tristemente la vieja sonata escandinava.

Medito y sueño. Y a medianoche me duermo recordando las citas de los claros de luna: la rubia extranjera, la sonata y yo..., en aquella ventana donde había un jarrón lleno de lirios, donde el anciano músico tenía en su instrumento la sonata escandinava y las fantasías de su recordada patria del norte.